



OLMO BLANCO

DESMITIFICAR EL MODO DE VER TRADICIONAL

TEXTO **Fátima Otero**

En cierta manera, el joven artista de Boiro Olmo Blanco democratiza el arte al poner al alcance de todos antiguas decoraciones preciosistas que engalanaban antiguos palacetes, revestían de dorados determinados ambientes u objetos, cerraban con refinadas rejeras específicos ámbitos o creaban preciadas alfombras, zócalos o ricas cerámicas para enarbolarse los ánimos más sensibles. Todas esas sutilezas de trazo geométrico heredadas de la rica tradición mediterránea pasan a enaltecer superficies pobres derivadas de un sencillo trozo de papel o lienzo, y lejos de caer en un trabajo puramente decorativo, remarcan la pobreza y precariedad del medio creativo.

La muestra, a modo de damero desplegado por la compostelana galería Metro, se presenta como juego. Lo mismo en el vaivén continuo de gamas que pueden llegar a la veintena, como en el chascarrillo y reverberación de dibujos que concitan un efecto próximo al Op.

Presta a esta obra una fuerte irradiación lumínica desplegada por superficies que en su disposición concitan ritmos musicales rápidos.

A salto de color y ritmo compositivo, el artista crea esquemas en apariencia mecánicos pero que fueron creados de forma totalmente manual, incluso remarcando donde empieza el entramado, donde se pausa o donde se agota la mano extenuada de tanta obsesión reticular. Olmo se sirve de la esquemización geométrica clásica (aquel sistema usado por históricas culturas) como excusa perfecta para tratar de otros asuntos.

Lejos de detenerse en el aparente tejer de un mar de líneas estridentes o trocitos de marcas sobre un lienzo, pasa a denunciar situaciones obsesivas de restricciones, imposiciones estándar de la actual sociedad de consumo, lo manido entre un original y la copia, o la eterna batalla entre lo que es artesanía y arte.

Olmo se sirve de los materiales de su entorno para

crear otro tipo de acciones más complejas. Frente a la tendencia actual de hacer cosas fáciles y transportables sin dificultad alguna, nuestro artista vira el rumbo hacia metas menos abiertas al mercado y a la rentabilidad para inclinarse por trabajos imposibles de desmontar o trasladar.

Es entonces, asumiendo un riesgo intelectual, cuando se decide por materiales tan volátiles como el polvo encontrado en un lugar o rescatado del contenedor de basura, las tizas de un aula (como cuando intervino un espacio de la Universidad de Santiago de Chile), o cuando se decanta por el dorado tratando de intervenir un antiguo palacete para remarcar el glamur de este espacio. En dichas propuestas, que él mismo denomina instalodecoraciones, se aprecia el arduo trabajo de manipular elementos efímeros que sólo una acción de vídeo o cámara fotográfica consiguen eternizar.

Desmitificaba John Berger en sus ensayos ciertos modos

de ver convencionales. Esa es la línea seguida por este creador: atribuir significados a través de interpretaciones que más que nuestras son una herencia del pasado. Él no niega ni la huella musical ni el peso que tiene en su proyecto el trabajo de Daniel Buren, o artistas que juegan con lo efímero como Vik Muniz y el trabajo refinado de Cal Lane. En lo que insiste ante todo este creador es en la liberación del gesto estético de cualquier atadura para barnizarlo de capa crítica.

Puede Olmo Blanco, con su fino pincel, tapizar paredes, suelos, plataformas o crear rejeras. Cuando lo hace no le basta con intervenir un trozo, necesita cubrir toda

Puede Olmo Blanco, con su fino pincel, tapizar paredes, suelos, plataformas o crear rejeras

la superficie. Es ese horror vacui su marca identitaria, una línea obsesiva de dibujo y color, en un trabajo insistente y agotador que requiere de ayudantes en proyectos de envergadura y cuyo mensaje final es abrir su obra a la historia singular de cada espacio y al campo de visión del espectador.

Aspira a que su trabajo no se ancle en ese nivel decorativo y superfluo de fijarse en unos repetitivos y machacones esquemas en zigzags, de teselas o rombos deconstruidos de los lenguajes del pasado, ya que el contenido lo adentra en una obra del presente más inmediato y candente.

Otra dimensión más en clave duchampiana conlleva elevar un bidón oxidado a categoría de ánfora griega; darle la inmortalidad de un vaso de museo a un efímero vaso de plástico e incluso un elemento nada artístico como un deshumidificador convertirlo en reliquia al valorar precisamente su presencia necesaria, visual y sonora en todo museo. Esa es la carga significativa que pueden adquirir en las manos de este creador unos elementos tan banales y nada significativos en la vida normal de cualquier individuo.

En ese tono insistió en la pasada edición de la Bienal de Pontevedra, asumiendo riesgos por centrarse en la pose compleja de idear un suelo efímero u otros trabajos portátiles. Intentaba así unir el rico legado cultural histórico a las manos de una joven promesa capaz de insuflar aire fresco a objetos ordinarios de nuestras vidas.